ENTRE LA NIEBLA Y EL ESMOG

MIRADAS, CRÓNICAS Y OBSESIONES SOBRE LA ESCUELITA ZAPATISTA 2013

Ediciones Chaqueta



México D.F.
marzo-abril
2014

Contacto:

prokofjew@gmail.com

Esténcil de portada: ChhHH
flickr.com/photos/chhhh

Visite las páginas web de nuestros colaboradores:

Sísifo Pedroza: http://elinstantedesisifo.net

Ernesto Méndez: flickr.com/photos/ernestomendez

Escuela de Cultura Popular Mártires del 68:

http://ecpm68.net



Índice

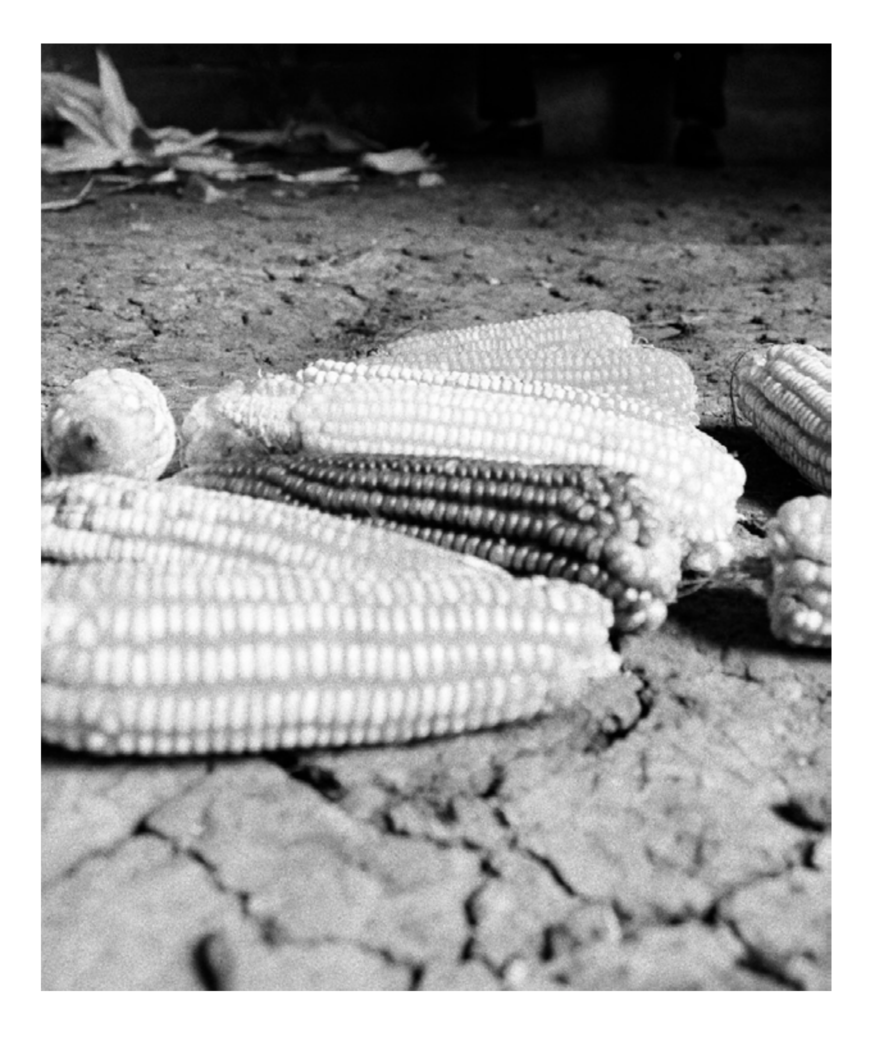


Foto: Leonardo García

PRESENTACIÓN

Hacia finales del año pasado (2013), muchos citadinos nos internamos en las montañas de la Selva Lacandona. Por distintas razones, que para algunos de nosotros siguen sin ser del todo claras, nos sentimos convocados por la escuelita zapatista, un proyecto en el que los zapatistas nos recibieron en sus comunidades y compartieron con nosotros su experiencia obtenida construyendo su autonomía. Nos miraron y dejaron que les mirásemos, y durante cinco días nos adoptaron.

Conocimos gente que vive en un sistema comunal y autónomo que se distingue por mucho del sistema individualista y dependiente al que estamos nosotros acostumbrados, pero que no por ello dejan de vivir problemas y situaciones que nos permiten reconocernos mutuamente, compartir y hermanarnos en una lucha común por construir un mundo diferente. Cada quien con sus formas y sus medios.

Con este fanzine, traemos a la ciudad el impulso de autonomía y comunidad experimentado en la escuelita. Haciendo una publicación económica, independiente, con nuestros propios medios, nos interesa construir un conocimiento no institucional. Mediante este tipo de publicaciones, pensamos contribuir a la construcción de una comunidad que comparta e intercambie saberes libremente.

El lector podrá encontrar aquí relatos de experiencias de diferentes asistentes a la escuelita zapatista, así como algunas expresiones artísticas relacionadas con el tema (poesía, crítica, fotografía, cartel, esténcil). Encontraremos en estas páginas distintas intenciones y distintas posiciones, pero siempre desde una visión urbana, honesta y personal. Hablamos desde nuestra mirada de esmog, desde nuestra niebla cotidiana.

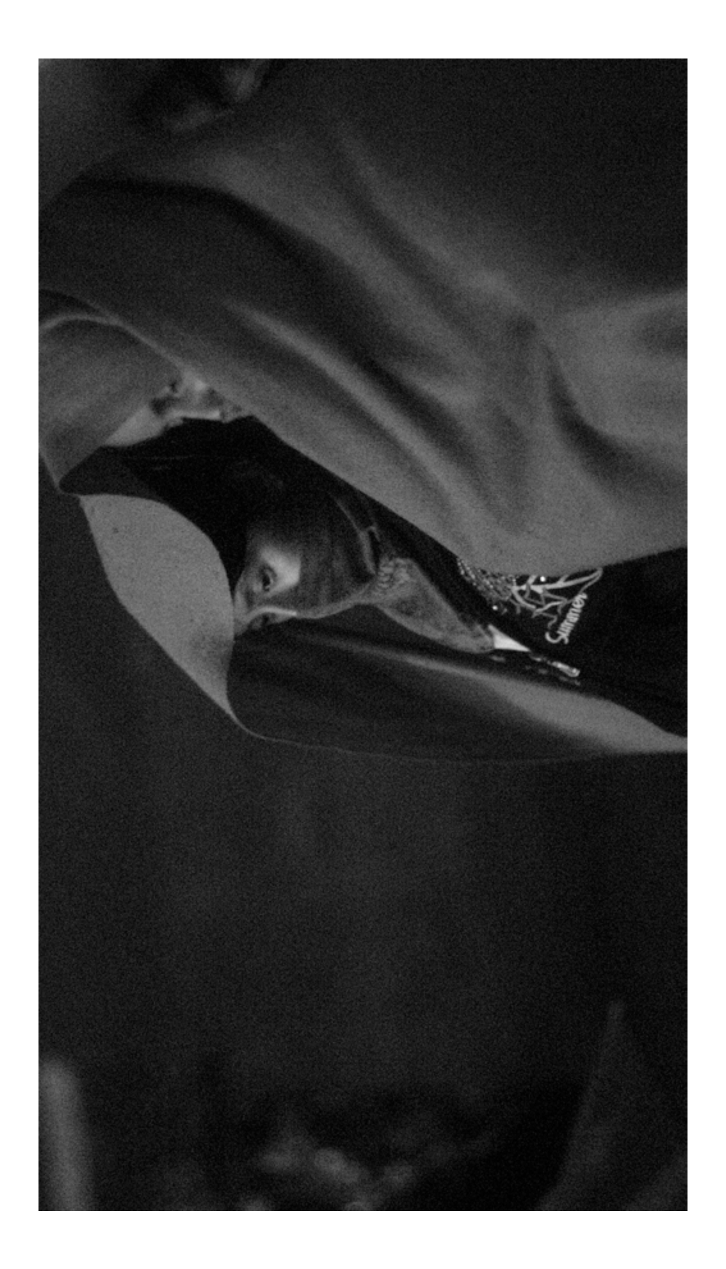


Foto: Ernesto Méndez

Un rompecabezas irresoluble

Por Victor Conrado (Sao Paulo, Brasil)
Caracol La Garrucha



Foto: Victor Conrado

24 de Diciembre de 2013: Un día de lluvia y mucho frío en San Cristóbal de Las Casas, en los altos de Chiapas —México—. Centenas de personas de las más diversas edades y nacionalidades estaban en el CIDECI —Centro Indígena de Capacitación Integral— esperando la salida de las caravanas rumbo a los cinco caracoles zapatistas. Éste era el principio de la segunda edición del proyecto nombrado 'Escuelita Zapatista - La Autonomía según l@s zapatistas'. Es cierto que la gran mayoría de los presentes ya acompañaban la lucha zapatista hace mucho, algunos desde muy cerca, otros ni tanto, pero todos llevaban en sus mentes la certeza de que los próximos días les traerían experiencias únicas y incomparables. No son muchas las personas que tienen la chance de convivir con los pueblos zapatistas adentro de sus comunidades y participando de su vida cotidiana. Ésa era la propuesta de la Escuelita, y justamente por eso nadie sabía muy bien qué esperar.

Mientras los primeros carros empezaron a salir, la emoción compartía espacio con la aprehensión. Los cinco caracoles son muy lejanos de la ciudad y el camino es desafiador para los autos. El Caracol más cercano está a unos 70 Km de San Cristóbal, pero son necesarias más de 2 horas para llegar hasta allá. El Caracol más lejano demanda por lo menos 8 horas de viaje. Muchos se sorprendieron cuando descubrieron que viajarían atiborrados detrás de las camionetas, y eso daba el tono de la aventura que los esperaba. También daba el tono del espíritu zapatista: no intimidarse ante las dificultades y realizar sus proyectos independientemente de la falta de recursos que los ronda.

A pesar del transporte precario, el viaje luego se volvía agradable. Quince personas de distintas partes del mundo en una camioneta rumbo a un Caracol zapatista es un suelo muy fértil para que florezcan charlas, debates y intercambios de ideas. Todos se mostraban eufóricos con la oportunidad que tenían en las manos, y la euforia se renovaba en cada comunidad zapatista que venía en el camino, cuando sorprendían a todos con amables saludos y gritos de "viva" entonados por niños y adultos encapuchados. Con eso, la hospitalidad y el calor humano ya eran ciertos. Pero no era todo: en la llegada a los caracoles, centenas de hombres y mujeres clamaban los mismos vivas que fueron oídos a lo largo del camino. Una voz femenina gritaba en el micrófono, y luego todos contestaban al unísono: "¡Que viva la Escuelita!" "¡VIVA!". "¡Que viva la autonomía!" "¡VIVA!". "¡Que viva la resistencia!" "¡VIVA!". Era difícil no emocionarse con una recepción tan calorosa.

Llegando al Caracol, fueron muchas las cosas impresionantes: toda la organización con la cual recibieron a los alumnos, la atención que les dieron, la forma como estaban preparados para alimentarlos y saciar a sus necesidades... Todo eso fue realmente increíble. Como ya habían anticipado, para cada alumno de la Escuelita era designado un "guardián" —es decir, un "compa" zapatista del mismo sexo del alumno, que lo acompañaría en los días que seguían. Desde el primer minuto dentro de los caracoles, cada alumno ya tenía su "guardián", que lo cuidaría y lo acompañaría de manera igualmente increíble por los próximos 5 días. Seamos honestos: ésta no deja de ser una forma de control estricto sobre las actividades de cada uno de los visitantes, y tal vez

éste sea el principal motivo de que los visitantes tengan sus guardianes individuales. Después de todo, estamos hablando del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, una organización que sigue una lógica militar desafiando los poderes institucionales de México y de todo el mundo. Aún así, este modelo organizacional de alumno-guardián se mostró muy eficiente con el transcurrir de los días, y es muy probable que la Escuelita no pudiera haber funcionado tan bien sin este enlace personal.



Foto: Ernesto Méndez

No todos los "guardianes" hablaban fluido la "castilla" (como las etnias chiapanecas están acostumbradas a nombrar el idioma español). Desde la incursión zapatista en las comunidades, son varias las etnias que componen el movimiento: choles, tzeltales, tzotziles, tojolabales, mames, zoques, entre otras menos numerosas, pero no menos importantes. La preservación de sus culturas es parte de la lucha zapatista: hacen mucho esfuerzo para mantener vivos sus idiomas, costumbres, vestimentas, cosmovisiones... Aspectos que de algún modo forman un obstáculo comunicacional entre "nosotros" y "ellos" que va muy más allá de la barrera lingüística. Desde el primer minuto junto a los guardianes, estuvo muy claro que las preguntas de los alumnos no eran compatibles con las respuestas que ellos tenían para ofrecerles. Su lenguaje y todo su sistema de comunicación se basan en fundamentos muy distintos a los de la estructura comunicacional hegemónica. Mientras los referenciales occidentales son la razón y la objetividad, los referenciales de sus culturas son la intuición y la subjetividad, y estas diferencias se reflejan directamente en todos los aspectos de la vida social de estas etnias.



Foto: Leonardo García

Anticipando todos estos ruidos comunicacionales inevitables, los zapatistas entregaron a los alumnos de la Escuelita cuatro libros y dos CDs —un esfuerzo admirable de sus comunidades para traducir en palabras y conceptos tradicionales la forma de vida de sus pueblos. Los cuatro libros abordaban los siguientes macro temas: "Gobierno Autónomo I"; "Gobierno Autónomo II"; "Resistencia Autónoma"; y "Participación de las mujeres en el gobierno autónomo". Lo que más impresiona es la forma cómo fueron redactados: están compuestos por docenas de testimonios de personas activas en el movimiento, de las más diversas comunidades y divididos entre los cinco caracoles zapatistas. Esto hace que los libros adquieran una dinámica completamente diferente de cualquier lectura tradicional. Es evidente que no estaban preocupados en teorizar o conceptualizar sus prácticas,

sino que su preocupación estaba enfocada en ejemplificar con hechos concretos el funcionamiento del zapatismo y cómo se da la lucha en el cotidiano de cada comunidad.

Esa dinámica distinta molestó a algunas personas en un primer momento. Mientras se leen los libros, algunos pueden tener la impresión de que son muchas las repeticiones y pocos los aclaramientos, pero con un análisis más ponderado queda muy claro que estas primeras impresiones pasan no solamente debido a la incompatibilidad cultural ya mencionada en los párrafos anteriores, sino principalmente al caos organizativo inherente a cualquier sistema auto gestivo e inevitable al intentar representarlo de manera concisa (como en el caso de intentar representar la autonomía zapatista en palabras). Lo que se ve en los libros es un precioso y muy honesto intento de estas comunidades de transmitir las enseñanzas de su lucha con sus propias palabras y con sus propios conceptos, y las repeticiones entonces se vuelven comprensibles, pues es a través de ellas que podemos saber lo que es más importante o predominante, y lo que es menos importante, o excepcional en el movimiento. Curiosamente (pero no por casualidad), las ideas más recurrentes en los libros están directamente relacionadas con la autorreflexión y la autoproblematización de sus prácticas: son muchos los trechos donde nos encontramos con frases como "Sabemos que necesitamos mejorar" o "Sabemos que tenemos problemas", y hasta "Reconocemos que eso no funcionó bien y ya estamos intentando hacerlo de otras maneras"...

Más allá de admirarse con la siempre asertiva difusión de sus ideales, quien participó en la Escuelita pudo ver de cerca cómo los zapatistas han construido autonomía en su subsistencia. Dejemos de lado las inevitables contradicciones proporcionadas por el sistema capitalista, como la venta y el consumo de gaseosas, botanas y otros productos industriales en las comunidades. Enfoquémonos en lo que realmente nos interesa: desde siempre, desde antes del levantamiento revolucionario, todas las comunidades hoy zapatistas han vivido en medio de la naturaleza y han dispuesto de los recursos naturales necesarios para sobrevivir. Eso no significa que siempre pudieron hacerlo de manera autónoma. La presencia del Estado y sus programas de "desarrollo" rondan las etnias chiapanecas hasta el día de hoy, y han servido para volverlos cada vez más dependientes de la lógica industrial, con todas sus limitaciones y desigualdades. En Chiapas, son muchas las localidades en donde los zapatistas comparten territorio con los no zapatistas, y las diferencias en la manera de subsistir son muy contrastantes. Eso no significa que los zapatistas viven en plena abundancia de alimentos, sino que son independientes y caminan con sus propias piernas. Es meritoria la organización interna que desarrollaron para horizontalizar la producción de sus recursos. Sus trabajos colectivos —que van desde pequeñas milpas hasta la creación de ganado, pasando por colectivos de artesanías y fabricación de panes— pasan en tres instancias: los colectivos de cada comunidad, los colectivos de cada municipio autónomo y los colectivos generales (pertenecientes a la Junta de Buen Gobierno). Toda la producción de los colectivos es entonces distribuida de acuerdo con las necesidades de cada familia, minimizando los problemas por la falta de alimentación y/o acceso a las necesidades básicas de vida. En un mundo donde las prioridades se invirtieron, donde las posesiones y los privilegios valen más que la vida, podemos considerar una gran virtud del movimiento zapatista el que hayan horizontalizado en sus comunidades el acceso a las necesidades básicas de sobrevivencia, cosa que debería ser la prioridad número uno de cualquier gobierno institucional.



Foto: Leonardo García

Con tantas visiones diametralmente opuestas a la cultura hegemónica, lo más natural sería que l@s zapatistas se cerrasen en su modo de vida y asumieran una postura rígida y conservadora en relación a las innovaciones culturales y a la globalización. Vemos que sí existe un gran cuidado con lo que ellos nombran "mala cultura" —es decir, toda la porción de "nuestra" cultura que juzgan ser "mala" o perjudicial a sus sociedades—. Por otro lado, vemos también mucha apertura hacia las opiniones que desafían y critican de manera constructiva el zapatismo y sus etnias. La propuesta de la Escuelita Zapatista ya es en sí misma una prueba de mucho coraje y sobriedad de estos pueblos. Recibir a casi 5 000 visitantes de los más distintos lugares del mundo, llenos de expectativas utópicas y románticas sobre su movimiento, es un gran desafío, que demanda paciencia y dedicación, pero sobre todo humildad y vocación de autorreflexión.

Es cierto que esta vocación es el punto clave para la sobrevivencia del movimiento y para la manutención de su frescor después de más de 30 años de lucha. Podríamos pasar horas hablando sobre las contradicciones y fragilidades de algunos aspectos del zapatismo. Son muchos los defectos a ser apuntados: el machismo remaneciente de sus culturas, la imperfección de su autogestión política, la precariedad de su sistema de educación autónoma, la disparidad de recursos entre algunas de sus comunidades, entre muchas otras cosas. Todas estas discusiones son relevantes y muchas veces inevitables, aún más después de vivir el zapatismo en la piel. Entretanto, todas estas cuestiones se vuelven ínfimas frente al hecho de que l@s zapatistas se muestran absolutamente conscientes de sus problemas y debilidades. O sea, estos temas no están en la alzada de los investigadores, simpatizantes, o meros espectadores; a menos que alguien esté dispuesto a unirse de hecho con el movimiento y vivir en una comunidad zapatista para el resto de su vida, cabe a todos nosotros simplemente reconocer la transformación real que obtuvieron en su breve trayectoria. Con apenas 30 años de existencia —contando con los 10 primeros años de clandestinidad— el movimiento zapatista probó ser más dinámico y progresista que muchos —sino cualquier— movimientos socio-políticos de la historia de la humanidad, y ha avanzado de manera increíble en todas las cuestiones mencionadas anteriormente.

Es cierto que tod@s l@s alumn@s de la Escuelita Zapatista volvieron a sus hogares con sus mentes mucho más llenas de preguntas que respuestas. Cada experiencia fue singular e incomparable, y uno sólo da cuenta de qué significa el zapatismo cuando pone sus vivencias en discusión junto a otros alumn@s, que estuvieron en otras familias, otras comunidades, otros caracoles. Por ese motivo, es muy desafiador hablar sobre el zapatismo desde las experiencias personales que uno tuvo en estos cinco días: se vuelve inevitable caer en sesgos no deseables proporcionados por la inherente heterogeneidad de una organización autónoma como el movimiento zapatista. Después de muchas charlas y discusiones con otr@s alumnos de la Escuelita, comprendí que mi experiencia es solamente una pieza más de un rompecabezas gigante, tal vez imposible de armarse por completo.

Con la Escuelita, los pueblos chiapanecos no esperaban explicarnos de una manera absoluta qué significa ser zapatista. Tampoco esperaban proveer un manual de cómo desafiar al capitalismo, ni tampoco adoctrinar a l@s alumn@s con sus ideales. La experiencia proporcionada por esos cinco días fue, más allá de todo, una invitación a la autocrítica y a la autorreflexión, mostrando que estos son los únicos dogmas irrevocables de su movimiento.



Foto: Leonardo García

Ir al baño en una letrina también es un acto político

Nadia Eco
Caracol Roberto Barrios


Foto: Ernesto Méndez

En la ciudad, la política y la vida son cosas separadas. Uno lee el periódico, dice "qué mierda", termina el desayuno y va al trabajo, o hace su actividades cotidianas. Si no leemos el periódico una mañana, ¿nuestro día cambia radicalmente? No... Si no estamos de acuerdo con lo que dijo ayer el secretario de Gobernación, ¿nuestro día cambia radicalmente? Tampoco. Las decisiones de los de arriba, como lluvia, caen inevitablemente sobre nosotros, sin que nadie pueda detenerlas. Tenemos suerte si logramos enterarnos de qué es lo que está pasando. Nuestro nivel de vida e ingreso económico no depende tanto de que nuestras ideas sean de izquierda o de derecha, sino de nuestra familia, nuestro color de piel, los *conectes* y nuestra capacidad de quedarnos callados oportunamente (es decir casi siempre).

Lo que vi en la escuelita es radicalmente opuesto. Cada día, cada actividad, está impregnada de política. Sembrar la milpa no es únicamente sembrar la milpa, es hacer uso del derecho, ganado a base de lucha, de trabajar para ti y para tu familia, y no para un latifundista ni un hacendado. Hacer pan no es sólo hacer pan, es contribuir al desarrollo de la comunidad, ganando un dinero que tú y tu colectivo van a decidir en qué se invierte, para beneficio de todos. ¿Cuál es el punto de mezclar con tanta promiscuidad la vida y la política? Hacerlo permite nada más y nada menos que ejercicio diario de la libertad.

Entre trabajar doce horas al día para otra persona, es decir gastar tu energía, tu vida en una actividad cuyos frutos nunca vas a ver, y por la que te pagan una miseria, o trabajar el tiempo que tú decides, para recoger tú mismo los frutos de tu trabajo, parece obvio cuál es la mejor opción. Pero no lo es tanto. Libertad implica responsabilidad. Los zapatistas enfrentan la responsabilidad de construir una sociedad autónoma (lo que implica, además una resistencia militar). Sus escuelas, sus clínicas y hospitales, sus casas y auditorios son precarios, aunque desde luego mucho más funcionales que los del mal gobierno. Cada uno de los zapatistas lleva sobre sus hombros a toda su comunidad: todos están cargando a todos, todos se sostienen entre todos. Esto implica un compromiso de lleno, 24/7. Como dije antes, cada cosa que hace un zapatista está impregnada de política. Incluso ir al baño en una letrina es una acto político: la decisión consciente de estar renunciando a ciertas comodidades a cambio de cosas más urgentes, necesarias, esenciales.

En lo personal, mi experiencia en la escuelita no fue idílica. Sentí una angustia muy fuerte, que abarcó prácticamente los tres días que estuve viviendo en casa de la familia zapatista que me asignaron. No pude reflexionar sobre lo que me había pasado hasta que regresé. Concluí que conocer un mundo que vive y practica la libertad día a día no es sólo una experiencia política, es a la vez política y vivencial. Durante el viaje, mi corazón me preguntó, con cierta impaciencia: ¿cómo quiero vivir mi día a día? ¿Cómo construir autonomía en un espacio tan dislocado, esquizofrénico, como es la ciudad? ¿Adentro de todo ese

caos, dónde está mi comunidad? Ninguna de estas preguntas tiene otra respuesta excepto: poco a poco, paso a paso.


Foto: Ernesto Méndez

Más tranquila, regresé a mi departamento en el DF a hacer la comida, barrer el piso y lavar la ropa, contenta de que, al menos en lo básico, el fruto de mi esfuerzo sí lo tengo en mis manos. Regresé con el entusiasmo de hacer un fanzine, de compartir experiencia y conocimiento, con la idea de que mi trabajo, que es escribir, sí puede servirle a mi comunidad (a un "los demás" abstracto, medio desconocido, pero esperanzador). Regresé a regar mis plantas, alimentar a mi gato y amar a mi hombre. Hasta esta cogida, pensé, es un acto político.

SUMISION ES LA MUERTE

EZLN

AUTONOMIA
ES LA VIDA


LA AUTONOMÍA ES LA VIDA
LA SUMISIÓN ES LA MUERTE
NI NOS VENDEMOS NI NOS
RENDIMOS AQUÍ SEGUIMOS


La autonomía
es la vida
La sumisión
es la muerte



Fragmentos de aguaturbia

Iván los Pájaros

2

Y a veces baja la nota
su concentración de soluto
de llave de sol
Baja la mirada
y se tiene que vivir en un iglú
una gran gema
o un cristal
Y sucede que la mirada
cincela
un silencio
rico en sales y minerales
Los ojos migrantes
transformaciones trazadas
por los vientos
del Norte
El Norte
Sí
ese necio punto de fuga
que como el futuro
siempre se imagina
renovado
Pero no
Norte
deja te lo digo
en dirección de mis ingles
No eres Norte
sino Sur

Vente para el Sur
a visitar
las cimas de tu sima
donde el agua no es derecho
y sí la lengua que te habla
que te moja los párpados
de
Norte
Sur
que te envuelve de vientre
ése esqueleto de esclerosis
sistemáticas
de arroyos resecos
y miradas ajadas
Vente para el Sur
Norte
Aquí mi corazón se abre
como el crisantemo la flor
golondrinas de mi pálpito
Ya vente Norte
déjate correr
que en el Sur
el viento sopla
como en tu alma
el ardor

3

Bajando por fin
del cerro
en el cencerro
de las almas
Por fin te veo
a los ojos
en la mirada clara
de la penumbra
Te veo por fin
triste mundo
respirando tu latido
como se desgajan los cerros
en el monte
Te veo
mundo
Te veo
en tu inmundicia
mundana
de mundo

4

Hijo
¿ya maduraste?
Ya maduraste, hijo
¿Maduraste?
El fruto de tu carne
vuelta pensamiento
La tierra roturada
de viento
de corrientes
de flores
y de pienso
Se cayó tu fruto, hijo
¿cayó de la rama de tu
sueño?
Esta cáscara de fatigas
Este nervio de aguaturbia
Cayó de la rama
el olmo
al alcance de su vientre
de su ojo de ternera
de avestruz
y de mármol
En la habitación aérea
y machacada de raíces
de guijarros
y hojarasca
Que siga la yunta
andando
sin yugo
sin hoz
trinche
ni trincheras
La pura siega en la hierba
Solo el machete en tus
ojos
en la tierra
de tu carne
de brisa
Ara
ara la tierra
Infatigable
el cenit de la siembra
¿Ya maduró el fruto de tu
padre,
hijo?
Madura madurar
que maduras
Madura ahora
que el arado
fue mañana

¿Cuántas veces habré escuchado en mi vida hablar sobre Zapata?

Nagore Arzallus Alustiza (Errezil, provincia de Gipuzkoa, País Vasco)
Caracol Roberto Barrios

¿Cuántas veces habré escuchado en mi vida hablar sobre Zapata, la Revolución y los zapatistas? Es un tema bastante recurrente en el País Vasco, donde todo lo que contenga la palabra revolución nos causa un "no sé qué" que nos atrae irremediablemente (bueno, obviamente, no a todos…). Pero en realidad, hasta este año sabía muy poco sobre ellos/as; una charla en algún gaztetxe, discusiones improvisadas tras unas chelas donde alguien pusiese como ejemplo al movimiento zapatista… aunque no lograba sacar nada en claro sobre todo ello, y lo más importante no conseguía forjar una opinión clara sobre todo ello. Hasta este invierno.

Por casualidades de la vida, este año he acabado en este país tan maravilloso como surrealista, y el azar o el destino ha querido que haya tenido la oportunidad de conocerlo a fondo, de descubrir este movimiento y este pueblo tan interesante, que yo sin saberlo, me ha aportado un modo de ver la vida en general, y la lucha de mi pueblo en particular de un modo totalmente diferente. La primera vuelta de la escuelita zapatista me pilló de improviso, y no pude inscribirme. Pero para la segunda vuelta ya habíamos aprendido la lección y mis amigos y yo rápidamente enviamos la solicitud. Después de unas semanas, primero le respondieron a uno, días más tarde a otra… y por último, y tras un par de semanas de incertidumbre y correos enviados al enlace zapatista, llegó mi tan anhelada invitación. Iba a pasar seis días en una comunidad zapatista, con una familia zapatista, aprendiendo todo (o todo lo que podía) sobre ellos.

Me resulta muy difícil ordenar mis ideas sobre lo vivido aquellos días tan intensos como surrealistas, un torrente de información y vivencias se posaron en mi mente de forma desordenada. Pero, ¿cómo reducir tanta información a un único artículo? Imposible. Pero bueno, lo intentaré.

Mientras escribo estoy escuchando una canción de una pareja de payasos, y la canción dice "Berdurrik gabe bizitzearen askatasuna da pirata baten altxor handiena" (La libertad de vivir sin miedo es el tesoro más grande de un pirata) y me ha parecido la mejor de las frases para comenzar este relato. Creo que reduce de manera muy acertada la idea que dio comienzo a la revolución, la idea de la libertad por encima de todo, la idea de conseguir la autonomía para poder lograr ser libres. Un día, mientras hablaba con el padre del que fue mi casa durante cinco días, me dijo una frase que nunca podré olvidar. Al preguntarle si alguna vez se planteó salirse de la organización para poder gozar de las "comodidades" que tenían en su pueblo los partidistas (acceso a agua y electricidad), me respondió: "como ves, yo puedo vivir sin agua y sin luz, pero no puedo vivir sin tierra y libertad". Una lección de dignidad increíble.



Fotos: Leonardo García

Como dijo Bertolt Bercht, "las revoluciones se producen en los callejones sin salida", y eso se nota en los zapatistas. Las situaciones extremas tienen ese efecto de sacar la fuerza de la gente, y esto fue lo que propició el levantamiento, y lo que hizo que los zapatistas, después de años en la oscuridad alzaran la voz y se dieran a conocer, de un modo muy simbólico, tapándose con un paliacate. Dejando claro que para que el mundo los viera, fue necesario encontrar la forma de esconderse de ella.

Después de un levantamiento armado que duró 12 días y que dejó casi medio centenar de muertos, comenzaron a construir su autonomía basándose en 13 demandas básicas (trabajo, tierra, alimentación, vivienda, educación, independencia, justicia, libertad, democracia,

sanidad, paz, cultura e información), la solidaridad y en los trabajos colectivos. A mí lo que más me sorprendió fue su humanidad y la solidaridad que tenían entre los compas. Los trabajos colectivos son la base de la organización zapatista. Utilizan tierras que recuperaron para sembrar maíz, crean tiendas colectivas, las mujeres hacen pan para venderlo, crían ganado… todo colectivamente. Y después, con el dinero que consiguen, pagan los boletos de las autoridades, cuando estos tienen que salir del pueblo para cumplir con sus obligaciones. Al mismo tiempo, cuando esta autoridad se va del pueblo para una reunión, los del pueblo trabajan sus campos para que estos no se echen a perder. Una muestra total de la solidaridad que se brindan entre ellos, de ese sentimiento de colectividad que nos falta en los países donde impera la lógica capitalista, con la individualidad que ello conlleva. Vivimos en una sociedad tan individualizada que no logramos alegrarnos de los triunfos de los demás, y sólo nos centramos en nuestros triunfos materiales. Por eso se me hacía tan diferente, y sobre todo admirable, que en sus comunidades lo material y lo individual tuviera tan poco valor y que la confianza y el trabajo colectivo fueran las únicas monedas de cambio.


Horno de pan. Foto: Marcela Román

Respecto a la educación, no es un privilegio, sino un derecho fundamental al que todos tienen acceso (se me hace muy vergonzoso tener que escribir esto…), que está diseñado atendiendo a una lógica campesina y a las necesidades de la comunidad, en vez de a las necesidades del mercado, respetando la cultura y el idioma. La educación tiene como objetivo la continuidad de la revolución y la práctica como base para ello. Si se mira desde una perspectiva occidental, como lo hice al principio, los niños zapatistas no reciben una educación dirigida al mundo “civilizado” (sea lo que sea eso), quizá no conozcan la geografía del mundo, quizá no todos hablen castilla o sepan como funcione una computadora, pero aprenden todo lo que necesitan para ser zapatistas. Me parece digno de admirar que en su lucha por construir la autonomía le hayan dado tanta importancia a la educación, un derecho que por muchos años se les denegó, aumentando las desigualdades sociales que imperaban en las tierras chiapanecas.

Aunque estén muy lejos el uno del otro, aunque haya que cruzar el charco para llegar, aunque sean realidades totalmente distintas; hay algo que une al pueblo vasco con el pueblo zapatista, las ansias de libertad y de construir la autonomía. La autonomía zapatista está construida basándose en una mentalidad campesina, mientras que el País Vasco es una sociedad totalmente industrializada e inmersa en una lógica capitalista, pero hay muchas cosas que se pueden rescatar de la lucha y la organización zapatista y aplicarlas a la lucha de la autonomía vasca. Aunque aún nos quede mucho por hacer y por aprender, esta experiencia me ha abierto la mente hacia nuevas formas lucha y de organización fundamentales para alimentar la mía. Pero la lección más importante que he aprendido es que no hay que esperar a nadie, y menos pedir permiso, para intentar construir nuestra libertad. Arriba las luchas de los pueblos.



Foto: Victor Conrado

¿ESCUCHARON?

Es el sonido de su mundo derrumbándose.

Es el del nuestro resurgiendo.

El día que fue el día, era noche.

Y noche será el día que será el día.

¡DEMOCRACIA!

¡LIBERTAD!

¡JUSTICIA!

Desde las montañas del Sureste Mexicano.

Por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN

Subcomandante Insurgente Marcos.

México, Diciembre del 2012.

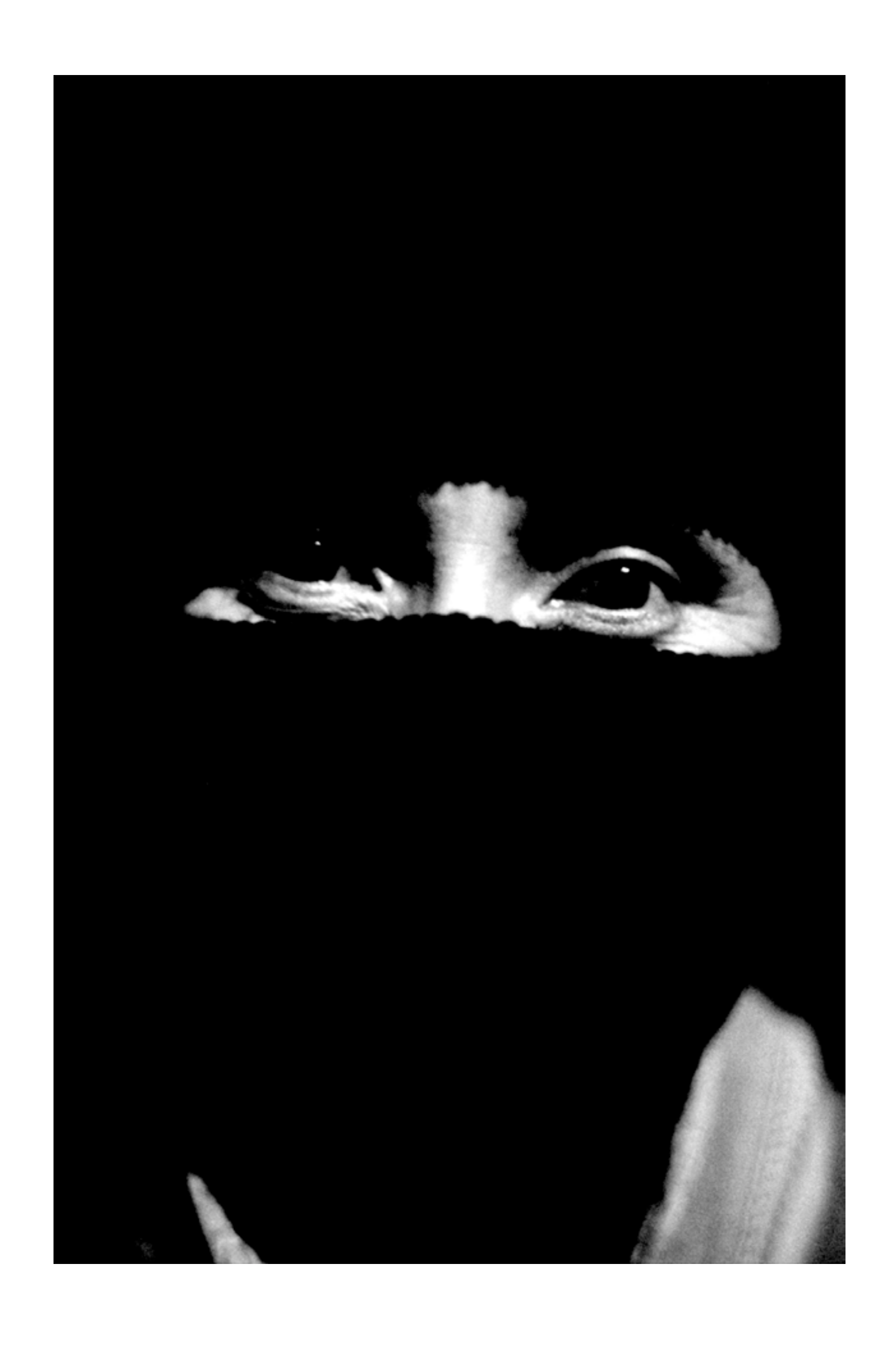


Foto: Ernesto Méndez

CÓDIGOS OBSESOS

Sísifo Pedroza
Caracol Roberto Barrios



Foto: Ernesto Méndez

Yo soy obsesivo compulsivo. El lodo, la intemperie, las excresiones humanas y deshumanas, la humedad… generan en mi mente una ansiedad sinsentido, un exceso irracional que basta señalar para traer a mis recuerdos la confrontación que implicó, en mi caso, la escuelita.

En el comienzo fue la incertidumbre; acto inmediato, ocho horas de trayecto entre baches y deslaves; sudor, tierra, contacto con extraños que tosían, bostezaban, escupían o sencillamente lo miraban a uno como

traspasándolo, rompiendo toda intimidad acostumbrada. Después llegaron los baños con su módico diseñO al aire libre, sin puertas, nuevamente sin intimidad y con el detalle nada menor de estar siendo observado hasta en los actos más irreverentes. Al menos defecar, pensaba, tendría que ser un espacio para reafirmar esa enferma individualidad que de golpe me había sido arrebatada. (La individualidad, no la enfermedad, me había sido arrebatada). Pero ni ese favor me fue concedido.

Lo primero que hice cuando volví de la escuelita fue llorar. Sin embargo, y después de cinco días de romper forzadamente los hábitos de la obsesión, tuve que reconocer que mi llanto no se reducía a la impotencia o la frustración. No eran los patos, los guajolotes o gallinas en el inodoro, ni el abundante lodo que se metía entre las botas, ni la falta de puertas, ni siquiera mi votán que me observaba todo el tiempo, lo que vino a mi mente en primer lugar. La primera imagen de mis recuerdos fue, en cambio, la fila de pasamontañas que nos recibió cuando llegamos al caracol Roberto Barrios: los zapatistas aplaudían, gritaban "viva" mientras bajábamos del carro sin saber a dónde habíamos llegado.

Más allá del sonido, en sí tan peculiar, de los aplausos masivos; más allá de la imagen por demás estereotípica de los encapuchados lacandones; más allá de las montañas, el silencio o el gusto que siempre da el sentirse recibido, lo que más me conmovió fue la esperanza que emanaba de aquellas miradas.


Foto: Ernesto Méndez

De las suyas y acto seguido de las nuestras. Poco después era inútil seguir separando: la esperanza compartida traspasaba los individualismos obsesivos, sin llevarse bien con el sentido de obsesión que tanto me aquejó durante aquellas jornadas.

Obsesión: "perturbación anímica producida por una idea fija".

Uno de los aspectos que más me impresionó de la experiencia zapatista fue la disposición de l@s compañer@s a no aferrarse ni dejarse perturbar por una idea fija; su apertura cuestionar, siempre en comunidad, sus propias formas de convivir y ver el mundo. Esto tiene profundas implicaciones en sus formas de hacer política. Bajo modos de organización básicamente asamblearios, las compañeras y compañeros de los tres órdenes de gobierno zapatista carecen de un manual cerrado, constitucional, que establezca maneras definitivas de resolver los problemas. "Tenemos que ver la forma en que tenemos que

gobernar -nos dice Salomón-, aunque realmente para aprender sí cuesta porque, como decían algunos compañeros, no hay un instructivo".

¿Carecen, entonces, de códigos sociales, jurídicos, gubernamentales? Claramente no. Basta escuchar los diferentes testimonios, las voces de miembros de las Juntas de Buen Gobierno que nos explican sin titubear sus formas de organizarse; basta platicar con hombres y mujeres de diferentes comunidades, de lenguas y costumbres diversas, para darse cuenta de que existen ciertamente códigos que unifican, sin homogeneizar, la lucha zapatista.

Unidad versus diferencia. Estabilidad y movimiento conjugados en principios comunes como la dignidad y la justicia. No un principio obsesivo en el sentido de ser perturbador, fijo, centrado en obsesiones individuales, sino un principio colectivo que se reinventa día a día. Podríamos decir, entonces, que la lucha zapatista es una lucha de código abierto, que se transforma constantemente mientras no se pierdan de vista sus siete principios esenciales: 1) servir y no servirse, 2) representar y no suplantar, 3) construir y no destruir, 4) obedecer y no mandar, 5) proponer y no imponer, 6) convencer y no vencer, 7) bajar y no subir.

Bajar y no subir: la lucha se ejerce desde abajo. Y desde abajo puede el código cambiar, puede el animal social transformarse, mientras no se pierda la columna vertebral de su existencia: la justicia compartida que garantiza la convivencia. "Otro mundo es posible", nos dicen los zapatistas: un mundo en que los mundos no se devoren entre sí.

Devorar: "tragar con ansia y apresuradamente".

Una de las ideas más recurrentes que vienen a mí después de la escuelita es que el estado de obsesión tiene muchas coincidencias con las formas de organización social que dominan en las ciudades. En un perpetuo estado de devoración, la gente se sostiene de sus múltiples ansiedades.

Siempre con prisa devoramos el aire, devoramos el dinero que pareciera ser el único alimento que se hace mierda antes de digerirse. El capital se reduce, si no a una moda intelectual, al menos a una idea vaga que enunciamos para fingir que comprendemos algo. Devoramos la sociedad y con ella nos autodevoramos, o cortamos sus pedazos para alimentar a la imagen del otro poderoso que nos somete en su burbuja, que no se deja ver, pero que si logramos sorprender nos devuelve siempre nuestra propia mirada.

Autofagocitar: "dícese del animal que se devora a sí mismo".

Cuando llegamos al municipio Rubén Jaramillo la camioneta se detuvo, y tuvimos que caminar una hora más para llegar a la comunidad que nos esperaba. De noche, bajo la lluvia, la pequeña caravana caminaba cansada. Chacón, mi votán, se acercó en un momento y me dijo: ésta es la verdadera resistencia zapatista. Para entonces, raramente, yo estaba ajeno a mis obsesiones y atento al sonido de los pasos sobre el lodo, al sonido del agua que bajaba en un riachuelo, y a mi propia respiración ligeramente agitada. Cuando Chacón habló de resistencia, pensé que acaso esa sería la palabra que me acompañaría

el resto de las jornadas. Y ciertamente lo fue.

A mi regreso, la imagen que me queda de la escuelita zapatista es la de un ejercicio de resistencia contra mi propio caminar bajo la lluvia. Lleno de lodo, de ansiedad, fueron cinco días los que tardé en subir y bajar aquellas montañas. Luchar contra la propia cabeza, contra el propio cuerpo cansado, fue la esencia de la lucha que viví pero también observé en mi travesía lacandona. Resistencia que confronta nuestros deseos más profundos con la difícil realidad de nuestro entorno, de nuestro territorio y, de una manera aún más complicada, de nuestra propia mente obsesionada. Porque en la marcha silenciosa por aquella montaña, aprendí una lección que en su sencillez me resultó conmovedora: cuando los calcetines se llenan de lodo, el adentro y el afuera se confunden, se entremezclan, dejando ver que cualquier transformación del mundo comienza por transformar nuestra cabeza. Abrir el código obseso: la más urgente de las tareas.

Ya decía Beckett:

Al final de qué acecho
creyó el ojo atisbar
el fondo extremo de la nada
moverse débilmente.
La cabeza le calmó diciendo:
sólo fue en tu cabeza

Sobre *Corazón del tiempo* de Alberto Cortés

Eric Silva Manjarrez

Corazón del tiempo es una película singular y ambiciosa dentro del complejo y diverso panorama del cine mexicano. Por eso no sería prudente analizar a partir de un solo punto de vista las múltiples apuestas formales que la construyen, en algunos casos favoreciéndola, y en otros tantos, tal vez la mayoría, perjudicándola. El argumento es el siguiente: Sonia, una muchacha que ha crecido toda su vida en una comunidad autónoma zapatista se ha prometido con un joven de la comunidad. Las ceremonias de pedimento que dictan las costumbres ya fueron hechas. Sin embargo, Sonia conoce a Julio, guerrillero quien atraviesa las montañas y de quien se enamora. Sonia no solamente deberá seguir a Julio por los arduos caminos de la selva Lacandona, sino también superar los obstáculos sociales que las costumbres han impuesto.



Fotograma de "Corazón del Tiempo"

No deja de llamar la atención que Corazón *del tiempo,* cuarto largometraje del realizador Alberto Cortés se estrenara en el 2009, dos años después de que Carlos Reygadas presentara su *Luz silenciosa.* Esta película refrenda una política de trabajar con no actores, retomando una postura que contraviene los moldes del cine oficial o de cierta forma institucionalizada y asimilada de hacerlo. En ese sentido, la apuesta de Alberto Cortés de elegir como intérpretes a personas originarias de las propias comunidades zapatistas en lugar de actores profesionales es una decisión en principio

lógica y acertada. Es coherente porque se ha elegido una forma de hacer cine que va a contracorriente de las políticas establecidas por el cine oficial, o el cine de Hollywood para una película cuyo objetivo es dar a conocer a las comunidades autónomas zapatistas, epígonos de resistencia contra el mal gobierno y al igual que Carlos Reygadas, quien pasó largas temporadas viviendo en las comunidades menonitas, Alberto Cortés y su equipo se involucraron desde antes del rodaje en las comunidades autónomas de Chiapas para escribir el guión y resolver los asuntos de la producción.

Hay otros parecidos entre la cinta de Reygadas y *Corazón del tiempo.* Ambas abordan el tema de una relación amorosa que contradice las costumbres de una comunidad cerrada, y al mismo tiempo cuestionan aspectos morales como el adulterio. Para el caso poco importa si se trata de la selva Lacandona o de los campos menonitas de Chihuahua; ambas son comunidades cerradas y para mantenerse unidas confían en sus costumbres e ideología, ya sea política o religiosa y tratan sobre lo que sucede cuando un miembro de dicha sociedad decide transgredir las normas sociales impuestas.



Fotograma de "Luz silenciosa"

En todo caso, el problema de *Corazón del tiempo* no son las intenciones que de origen se planteó pues es valioso que se produzca una película de ficción enmarcada en las comunidades autónomas y que con su contribución se haya concretado la película proveyendo al equipo de rodaje la alimentación y ayuda para la construcción de las cabañas donde se alojaron; tampoco lo es el guión que además de buscar sencillez también registra el habla de los indígenas en resistencia.

El problema de *Corazón del Tiempo* es que no supo observar las virtudes que su predecesora, *Luz Silenciosa* ya había conseguido dos años antes: estudio rigurosos del ritmo, puesta en cámara concebidas desde el guión, fotografía y luz como un recurso narrativo y no únicamente descriptivo o, por lo menos, ser consciente de que se trabajará con personas que quizás nunca han ido al cine (http://www.jornada.unam.mx/2009/03/22/espectaculos/a07n1esp). Y entonces, lo que en principio era interesante como experimento cinematográfico, se vuelve en contra del realizador quien no confió en sus actores y para disimular lo que a su juicio eran errores de actuación creó un montaje errático, como si intentara distraer a los espectadores y ocultar las debilidades que saltan a la vista. Ya que se habla de edición errática valga mencionar su inexplicable puesta en cámara que logra la impresión de estar frente a un producto inacabado pues en aras de mantener una atmósfera documental se planteó una propuesta fotográfica que contradice los demás planteamientos. Uno de ellos es el constante equívoco de la música que se basa en una sucesión de canciones que entran y salen sin ningún motivo y que al final no crean ni expresan nada.

A pesar de estos tropiezos, *Corazón del tiempo* es una película significativa porque hasta el momento sigue siendo única en el panorama de cine de ficción que trate sobre el conflicto zapatista. Lamentablemente, la pobreza de su lenguaje cinematográfico la constriñe al ámbito local y no podrá trascender a un público más amplio pues no supo desarrollar la propuesta formal que planteó originalmente. Digna de todos los encomios por su valor social, *Corazón del tiempo* se traiciona a sí misma en términos cinematográficos por lo que su valor universal latente permanecerá oculto entre la serie de tropiezos y contradicciones que no supo resolver.

Carretera

Por Nadia Eco

Alguien partió la montaña
como un pedazo de carne
Alguien sembró casas
marchitas como el maíz

En una pick up
pasa dormida una familia
bultos coloridos
tina de tela

Luego la niebla
El camión flotando
por el camino ciego

Son tantas las carreteras
que tuve que recorrer
para encontrar mis preguntas
Ya nunca las soltaré
Son mis bridas
Con ellas descifro el color de la tierra
y la forma de las piedras



Foto: Ernesto Méndez

Pies en la tierra

Por Nadia Eco

No es altamar
es altaselva
Tampoco hay de dónde
agarrarse
Buscamos tierra firme
y encontramos sólo fango
Sólo queda caminar
No mires atrás
Húndete dejando
pasos como semillas
Un paso
Luego otro

No soy lo que creía
también hay niebla en mis cabellos
también construyo sobre nubes

Miré de frente a la muerte
y encontré que era una ceiba
Un paso
Otro paso
Miré de frente al río
y no estaba mi reflejo
Un paso
Otro paso
Miré de frente al camino
y me soltó la mano
Un paso
Otro paso





Fotos: Ernesto Méndez

Gran experiencia metafísica

Por Enesto Méndez
Caracol Roberto Barrios

Estando en posición de aguilita sobre un escusado del caracol de Roberto Barrios me sentí tremendamente fresa. Angustia pura: me daba miedo que mi votán (guardián-censor zapatista) me escuchara pedorrearme y gemir, porque de mi interior no salía nada y ya llevaba un rato ahí obrando. Yo sufría y suponía que él estaría impaciente. Me asomé a través de un hoyo en la bolsa de plástico que hacía de puerta y lo vi muy tranquilo, silbando una tonadita. Yo apretaba los dientes, pujaba ¡gggññññr! apuntaba las nalgas a la taza y nada... los muslos me comenzaron a doler por la estresante posición (el culo en el aire) y el sudor frío recorría mi frente. Soy un ridículo, pensaba, no poder cagar en este escusado confirma que soy un fresa, un maldito citadino y pequeñoburgés. JA. Me reí de mis pensamientos acomplejados pero mi conflicto se estancaba. Tenía que cagar a fuerzas o quién sabe cuándo lo haría, y me imaginé fallando en contener mis excrementos en un momento muy incómodo, muy solemne. Entonces recordé lo que la noche anterior había leído. Era una entrevista a Ciorán donde al final le preguntaban qué pensaba del suicidio. Él decía que era algo grandioso y bla bla bla, pero contaba una anécdota sobre un admirador suyo que a veces le telefoneaba diciéndole: "¡Me voy a matar!" y Cioran contestaba, a pesar de su fascinación por el acto del suicidio: "¡No, no, no lo hagas!". Total que un buen día el fan sí quiso matarse. Pero su esposa lo vio al instante en que se estaba tragando unas píldoras y llamó a la policía. Cuando le preguntaron al hombre por qué se había querido matar, dijo: "por razones metafísicas". En el escusado esas palabras vinieron a mí, me dieron valor y fe. Decidí pues tomarme mi evacuación intestinal y toda la ridícula situación como una experiencia metafísica. "¡Sí señor, todo esto es una tremenda y grandiosa experiencia metafísica, oh SÍ, ¡grrrrññGGGRRRÑÑñ!" y de volada se

me aflojó la tripa. Los rayos de luz del atardecer se colaban entre mis piernas y el lodo. La tarde era dorada.


Foto: Ernesto Méndez

Nalgódromo

Las cuadras céntricas de San Cristóbal poseen *coffee shops, lounge bars, boutiques,* todo plagado de franceses e italianos y fresas nacionales, y los franceses parecen ser dueños de todo, incluso de los incontables restaurantes italianos (mi novia y yo bromeamos diciendo que *Sancris* es el verdadero barrio bohemio de París). Eso sí, la ciudad posee, y se ve que se esfuerza en no pederlo, un toque rústico de sabor nativo, *mexican curious* a toda máquina: parvadas de niñitos chamulas descalzos corren de un lado a otro acosando a los güeros con "*souvenirs* típicos". Pinches chamulas príistas hijos de la chingada que explotan y venden a sus hijos - y que todavía te ofrecen el *Marcos con su fusil de palo...*- y pinches franceses de mierda con sus negocios con pretensiones de "cultura" (pero de la basura) con sus paredes -¡ojalá que un fuego todopoderoso y arrasador las consuma!- decoradas con pósters de "niñitos indígenas pobres zapatistas". Y pa acabarla de chingar, en todo el centro hay propaganda enorme gritando: "El gobernador Manuel Velasco te desea feliz navidad y próspero año 2014" y sale el tipejo con cara de loco en cocaína, enseñando su dentadura blanco muerte y sus tan orgullosamente photoshopeados ojos azules. Pinche *Sancris* es un Nalgódromo, porque ahí "suben" a socializar los fresas de Tuxtla, luciendo a su emperifollado(a) ligue actual, tan apretadamente ataviado(a). Y qué decir de las iglesias pintorescas frecuentadas por viejas brujas remilgadas que viven en casotas ostentosas tipo narcocolonial y que de sus camionetotas no se bajan jamás. Pero bueno, no hay que ser tan mala onda y hay que darle su crédito a los franceses: el café y el chocolate que hacen en su barrio bohemio están buenos. Ah, y también una que otra nalga :)


Foto: Ernesto Méndez

Pero el otro San Cristóbal es muy otro, y ahí es donde está el CIDECI, escuela de oficios y territorio zapatista. Primero hay que pasar el centro *bonito* y el mercado, que está chido porque tiene de todo (mujeres ofreciendo gallinas de las patas, tamalitos de frijol, piratería y caos

vial total) y es barato, al que no van los coletos (mestizos con aires de superioridad cosmopolita y triunfadora, o de rancheros *fashion*, que prefieren hacer su *súper* en el súper). Bueno, luego uno se sigue derecho y llega a la parte de la ciudad que el gobernador no frecuenta y no quiere que el turista vea, allí donde la exclusión social y la segregación racial -**APARTHEID**- son evidentes: en el mundo de los pobres ya no hay casas folclóricas con tejas rojas, ni majestuosas iglesias españolas sobre calles empedradas, ni gente blanca muy culta, sino caminos de tierra con desagüe al aire libre y casuchas grises *sin chiste* (con varillas en los techos que crecen hacia el cielo) habitadas por gente de piel morena -fuchi-, también conocida como *mano de obra barata* que alimenta la industria turística de lujo de *Sancris*. El mensaje se entiende: al CIDECI no le interesa trabajar con la gente de las casas de tejas rojas, bien sabe que su razón de existir es con/por/para/ los de abajo.

En el CIDECI nos encontramos con que dos de las tres filas para inscribirse estaban hasta el gorro: la de los chilangos y la de los extranjeros. Los chilangos eran gordos y los extranjeros tenían rastas rubias. La fila que no tenía gente era la denominada "resto del país". Cada dos minutos salía un *compa* del CIDECI a preguntar con ilusión: "¿Hay alguien más de los estados que no se haya inscrito?", examinaba a la multitud con los ojos bien abiertos y si tenía suerte, a lo lejos una mano se levantaba. Al momento de la inscripción nos dieron 4 libros de texto y echamos la cooperación voluntaria al cofre del tesoro.

Navidad

El 24 de diciembre llegamos en caravana impresionante (la enorme flotilla de camionetas zapatistas es de notar) al Caracol V Roberto Barrios "El que habla para todos" en el municipio de Palenque. Estaba anocheciendo y los zapatistas, todos pasamontañeados, nos observaban curiosos y severos con sus ojos brillantes. Por ratos se sentía un ambiente de tensión y vigilancia. El enjambre de extraños fuimos atiborrando el auditorio y las instalaciones del caracol. Nos dieron pronto la comida, que fue la primera lección de humildad: "hicimos la rebelión zapatista con frijoles y tostadas".

Mi primer votán, Severiano, de 17 años, casi no hablaba español y nunca nos entendimos. A penas nos pudimos presentar con algo de coherencia. Para decirle que quería ir a mear fue como media hora de sinsentido. Luego ese vato no me preguntaba nada y cualquier cosa que yo le preguntaba era respondida con un chafa y desesperado "síiii" o "noooo". Ni hablar, nos dimos hueva mutua. Era ya noche y seguía lloviendo. Hordas de enmochilados despeinados seguían llegando al caracol, ponían sus cosas en el suelo y se formaban para recibir su plato de comida; platicaban muy emocionados entre ellos como si estuvieran en un concierto. Me eché en el suelo del barracón a intentar dormir. Total no había nada mejor que hacer, ni pensar en poder platicar o en salir a echar la vuelta con ese güey amargueta, o aún menos con los fans del Zapatour 2013 que gritaban y reían histéricos. Por alguna razón mis compañeros de curso querían ser amigos de sus escuetos adustos guardianes zapatistas. Pude medio dormir a pesar del *compa* que tenía al lado, un chavo alto con cara de niño que quería seducir a su votán declamándole con insistente vanidad sus crónicas de activismo estudiantil urbano, nombrando siglas y eventos que, seguramente, le sonaban al indígena a puro idioma marciano. Enseguida Severiano me despertó de una patada y otros *compas* me vinieron a decir que me estaban cambiando de barraca, y de paso también de votán -cosa que me dio gusto- porque Severiano no entendía "el castilla". En la nueva barraca casi no había muros y se colaba gacho el aire. Los zapatistas se echaron muy cómodos en el suelo y cayeron dormidos como piedras. Se veían felices soñando con el monte. Antes de intentar dormir, para amodorrarme, leí una larga entrevista con Ciorán, pero no me ayudó en nada su apología mística del suicidio. Me moría de frío y no podía

cerrar ojo por la temblorina, por pendejo no traía ni cobija ni eslipinbag. Mi nuevo votán estaba ya roncando en alto volumen y los *compas* (entiéndase esto como alumnos o zapatistas) seguían llegando e instalándose por todos lados. Había muchas mujeres guapas y atractivas-alternativas (había para todos los gustos activistas), quise hacerles la plática y ligármelas a todas, pero de inmediato me reprimí: "¡no, qué horror, esto es una acción política y no de ligue, deberías de estar avergonzado!" jaja y me reí un rato de mis pendejadas. Por ahí una voz femenina soltó: "¡Ché, que hoy es nochebuena, una lástima!". Quise ir a cagar pero preferí retrasar el momento, ya que todavía no me daban confianza los baños.



Foto: Ernesto Méndez

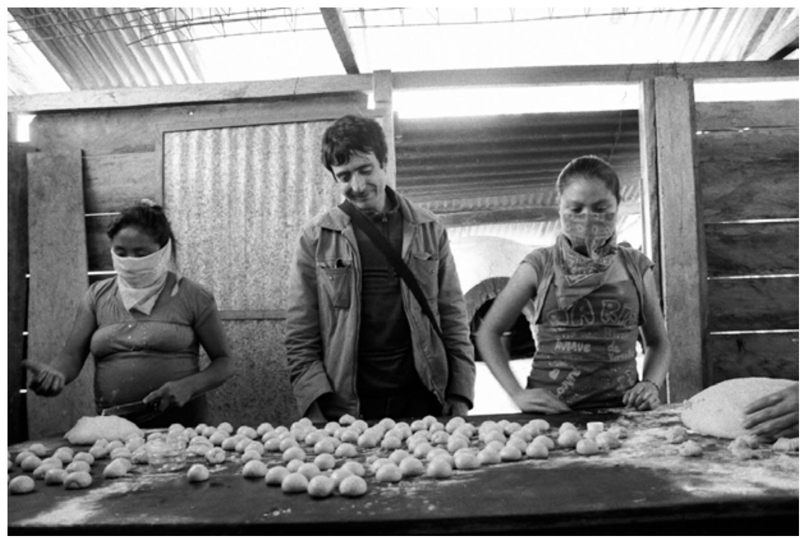
En el gran evento matutino me sentí de regreso en la escuela primaria. Escondiéndome de mi votán castroso y acosador (namás no me dejaba de observar mientras yo observaba), pidiéndole permiso para ir -juntos- al baño (qué mamada...) cantando el "himno nacional" (me cagó la madre escuchar esa porquería, y más aún "saludar" a esa pinche bandera) y aplastado sentadito en las bancas de madera del auditorio escuchando laaaargos choros, a veces interesantes y a veces de flojera (me sentí de regreso en una "asamblea" de mi escuelita pendeja primaria "Activa") sobre el zapatismo y su lucha contra los malos gobiernos. Batallé por no dormirme -¡dónde quedó el profesionalismo activista!- pero al cabo sí me dormí bien carbón; pero que no se hagan, yo vi a varios votanes también bien jetones. Algo que se me hizo muy loco, fue que al final de los discursos, a la hora de los espectáculos de variedad, un grupo de enmascarados bailaron el infame -el Indio Fernández estaría feliz- *Jarabe Tapatío*. La charrería y esas mamadas están más arraigadas en Chiapas de lo que uno pensaría.



Foto: Ernesto Méndez

Nuestra torpeza en el medio era de lástima, los alumnos nos resbalábamos y revolcábamos con una facilidad absurda a pesar de que, previsores como bien nos dijo mamá, nos llevamos nuestro calzado y abrigo más rudo: botas de trabajo pesado, que de nada servían en medio del lodo, y hacían que uno se hundiera más, y estorbosos abrigos para los vientos del Mar del Norte que nunca se secaban y nos sofocaban. Los indígenas vestían muy tropicales, playeras mínimas y chanclas para el baño. El contraste era cómico; los extranjeros -yo me sentía tan extranjero como el de más lejos- teníamos cara de azoro

perpetuo, dábamos maromas, no podíamos ir al baño, y estábamos atiborrados de cosas inútiles. Además, sin comprender una sola palabra de Chol.


Foto: Marcela Román

Malvinas

La carretera se terminó como a la hora de que salimos del caracol. Íbamos como 10 personas metidos en la parte de atrás de una camioneta de carga techada. Pasábamos por muchos ranchos ganaderos, montañas y curvas. Los humos del escape se metían al toldo y eso era una cámara de gases, estaba mareadísimo y a punto de guacarearme encima. Nadie parecía darse cuenta de la tortura, o lo disimulaban muy bien, mientras mis fantasías volvieron a mi y observé risueño a todos los *compas* cubiertos de mi vomitada amarilla maloliente y humeante con pedacitos de frijol, al fin que seguro también lo iban a disimular. Poco a poco nos fueron bajando en distintos puntos. Nosotros llegamos al pueblo de Malvinas en el MAREZ de Vicente Guerrero. Nos presentaron ante la comunidad y nos asignaron a nuestra familia, que nos recibió con una gran sonrisa y acogedora comida caliente con pozol. La casa era de dos cuartos: el más bonito era la cocina, con techo de zacate (una planta como el té limón pero enorme), piso de tierra y un fogón de leña; el otro era un cuarto amplio que estaba lleno de hamacas, el piso era de cemento y el techo de lámina, ahí dormimos. Los vecinos de al lado eran "partidistas" o sea gente no zapatista, que era más de la mitad del pueblo. No es que fueran malandros, es que eran cristianos de cagada, digo de cagada porque eran una cagada cristiana enajenada y propagandista: todo el día, desde las 4 de la mañana hasta las 10 de la noche, tenían A TODO VOLÚMEN CUMBIAS Y NORTEÑAS CRISTIANAS. Pesadillesco. Pero los zapatistas eran muy ecuánimes y sólo suspiraban con la resignación de un Testigo de Jehová. Afuera de la casa había un frondoso limonero que daba unos limones del tamaño de un balón de fútbol, así como de los Picapiedra, enormes, rugosos y deliciosos.

Nos impusieron horarios estrictos y nuestros días fueron así: por la mañana íbamos a visitar ciertos lugares (las cooperativas, la clínica, etc.) y ahí nos relataban anécdotas y leyendas zapatistas. Después nos enclaustraban -prohibidísimo ir a pasear por ahí- para leer y comentar los 4 libros de texto que nos ponían a estudiar hasta que nos dormíamos. Luego me enteré que esa dinámica variaba mucho de caracol a caracol (dicen que en La Garrucha no había ley marcial de estudio y que podían salir al río y tomar fotos con libertad). Aunque estaban de flojera nuestras tardes, demasiado sedentarismo y lectura para el número de cosas nuevas y fascinantes que uno veía (como la naturaleza y los reales zapatistas de carne y hueso) yo disfruté la tranquilidad, el silencio, el aire y el paisaje, allí lejos lejos lejos del metro en hora pico y de las ruidosas calles del DF. Algo chingón fue que el matrimonio de la familia iba a platicar todo tipo de dudas y preguntas con nosotros. La mujer no hablaba español, todo lo traducía su esposo. Tenía una generosa sonrisa y una hermosa trenza negra. El hombre estaba siempre erguido y seguía todo con una mirada sagaz. Ellos nos acabaron dando respuestas reales a muchas preguntas, ya que descubrimos que, muchas veces, los votanes no

tenían más idea de lo acontecido en el movimiento que la que un principiante en la literatura zapatista tiene. Estaban muy adoctrinados: "nosotros, las y los zapatistas, creemos que...". Era hasta cómico su rollo dogmático. Frecuentemente había un abismo entre lo declarado por ellos, lo que decían los libros, y lo que la familia nos contaba. Algo de lo más interesante que hablamos fue cuando les pregunté cuáles prácticas anticonceptivas tenían los zapatistas, que qué hacía una pareja si no quería tener hijos. La primer respuesta fue: "¡Eso no está en el libro!". Pero volví a preguntar, ignoré sus incomodidad, y además agregué que si había una política de la organización en cuanto a la natalidad. Silencio. Todas las familias que habíamos visto parecían de al menos 6 miembros, y yo quería saber que decía la doctrina zapatista sobre la reproducción y la extensión de la familia. Y si de paso me podían chismear un poco de su sexualidad, qué mejor. Me dijeron: "Antes las familias sí eran grandes, como de 15 miembros o más, y ya con el zapatismo cambió eso". Insistí: "¿Pero qué hacen cuando ya no quieren más hijos? ¿Usan condones, pastillas, abortan...? Más silencio. Se estaban haciendo bueyes, lo podía ver (al fin de cuentas quienes sí tienen una *política de natalidad,* o sea de puro exterminio, mediante sus "programas sociales" son los gobiernos federal y estatal, que a cambio de los "apoyos" a los "partidistas" (el infame *Oportunidades*) operan a las mujeres e implantan dispositivos de *control natal* a los hombres). Luego hablaron un rato entre ellos en su idioma chol y respondieron que: "Los novios no están juntos hasta que se casan. Y uno cuando está casado sabe cuándo sí se puede y cuándo no. Y no, no usamos esas cosas que dices...". "¿O sea que sólo tienen sexo casados y sin anticonceptivos?" Y asintieron solemnes con la cabeza. "¿Y el aborto? ¿Y la homosexualidad?" "¡Eso no se acostumbra aquí!". Qué mal pedo, y qué mochos, pensé. Y qué disciplinados para aguantarse la calentura. Pero al mismo tiempo evidenciaron sus ganas de no querer ver las cosas tal como son, lo digo porque es obvio que en la organización hay homosexuales. No quiero chismear de más, pero uno de los hijos del matrimonio que nos hospedó, un muchacho alto y delgado de hablar delicado, al que no le gustaba salir a echar desmadre, según me platicó sonrojado, bien que me sonreía coqueto y que me echaba miradas juguetonas y bien claro que me di cuenta de que me espiaba mientras yo leía mis libros de texto en la puerta del cuarto. Se asomaba por la cocina y se estaba minutos observándome... en fin, si ellos no quieren ver, ni qué hacer (también alguien me contó que en otro caracol le comentaron que es común encontrar hombres mayores de edad que no se casan y que viven solos). Luego les pregunté que si había habido algún caso de infidelidad marital y cómo habían lidiado con eso. "No sabríamos qué hacer porque nunca ha habido uno" contestaron. Chale, y yo pensando en todos los casos de locura destructiva de ponedera brutal sin tregua de todos contra todos que en el DF son tan comunes. Algo ahí no me sonaba humano.

A lo mejor no les gustaba que un extranjero indagara en el tema del sexo y ocultaban con su alta moralidad su "ropa sucia" (¿podría ser que cuando los extraños se fueran comenzara una orgía *swinger* de zapatistas sodomitas?). Y sobre la extensión de la familia, después pensé que al fin de cuentas mientras más chamacos haya, mejor para el zapatismo, la milpa y el trabajo colectivo. No creo que su mundo se colapse, como acá en la ciudad, al primer hijo no planeado. Ellos tienen tierra, agua, casa, comida y comunidad asegurados por su trabajo, entonces ¿para qué hacerse mala sangre por un niño más, que a fin de cuentas, se criará casi solo jugando en el monte? ¡Si uno es esclavo en la ciudad justamente porque no posee nada de eso! El cambio de paradigma está cabrón: coger, reproducirse, defecar, comer, trabajar, matar... en la sociedad zapatista cada actividad tiene otro significado y otro objetivo. Siento que esos temas tan "candentes" de nuestra vida en la ciudad (por ejemplo la obsesión con tener, o no, hijos) a los zapatistas les son casi indiferentes. Son problemas de realidades muy distintas.

Eso sí, sí les da tremenda curiosidad el mundo consumista que los llama a gritos (ganas no les faltan y para muestra la cantidad enorme de desertores que hay del movimiento). Pero, los que quedan saben dirigir sus energías para construir y preservar su proyecto. No es que no deseen ropa de marca o un *smartphone* (bueno, si hubiera señal) o que, como creen algunos, "los y las" zapatistas sean puros y santitos y anticapitalistas y seres etéreos. No. Toda esas chingaderas de la tele y del walmart los seduce tanto como a cualquiera, el asunto es que saben tener prioridades.



Foto: Leonardo García

Nos bañábamos por turnos en el baño, que consistía en unos palos unidos por pedazos de bolsas de plástico encima de un terreno pedregoso y filoso. Había una llave de agua potable y de ahí agarrábamos los jicarazos. En mi baño con vista a las montañas reflexioné sobre la maraña podrida de tonterías que tenemos en la cabeza los citadinos, sobre nuestros problemas con la intimidad (ese miedo legendario a que a uno lo vean encuerado, o cagando) y con el "así debe ser" con el que crecemos y que nos tortura desde la tierna infancia. Volteé a ver el suelo y las piedras filosas dejaron de ser "peligrosas" y causa de *extremar precauciones*. Ahora eran normales porque el terreno irregular estaba en todos lados. Y el lodo también dejó de ser algo indeseable porque el lodo lo cubre todo, lo es todo, y por ende... Y entonces colapsó la señora regañona que todos los clasemedieros llevamos dentro: eso no era *limpio*, tampoco *seguro*, tampoco *ordenado*, tampoco *privado, ¡QUÉ DESORDEN, ESTÁS LLENO DE TIERRA, NIÑO!*... Luego colapsó mi profesor interior: eso tampoco era *rectilíneo*, tampoco era *estable*, tampoco era *proporcionado* o *regular ¡QUÉ HORROR, PONGAN UN LETRERO QUE DIGA "CUIDADO", y tú, niño, estás REPROBADO!*... Qué desgraciado es nuestro terror a la vida en nuestras cuatro paredes. Al ver pasar al cerdito y al pato encima del agua enjabonada, reconocí la insana, histérica y posesiva relación que los citadinos tenemos con las mascotas. Allí en Chiapas los perros y gatos son animales periféricos antiplagas y carroñeros. No tienen ni un rastro del concepto de "mascota", casi ni los pelan, es más, a los perros a puras patadas los tratan. ¿Qué dirían los chiflados del DF sobre esto? Me acordé de mi gato y de como le hablo como si fuera mi hijo... ay dio mío. Y luego están esos que tratan mejor al animal que a las personas, que por la mascota lo darían todo (según ellos, pero luego te das cuenta de que el pobre animal estaría mejor en la calle) y que se desmoronan cuando el perrito tiene moquillo.

Después de comer pavo, tepezcuintle (sabroso perrito-puerco de la selva), las tortillas más maravillosas jamás, y un tremendo caldo de cerdo (sacrificado en ocasión especial) dejamos muy temprano la comunidad de Malvinas con un sentimiento de gratitud y de *shock*.

20 años

La secta pro zapastita urbana se dio cita en el caracol de Oventic. Para generalizar en mala onda diré que eran turistas "alternativos" con pipa y boina, muchos defeños de la Condesa y de Coyoacán y uno que otro jipi de San Cristóbal, todos con aires de sabiduría y egos enormes (me recordaron a los becarios del FONCA). Ay sí, taaan

"chidosbuenaonda conscientes y alivianados". Presumiendo que era la vez cien que estaban "en comunidad", gesticulando exageradamente, haciendo ademanes amanerados y sin cesar de voltear a ver a todos lados para ver a quién se podían encontrar para correr a saludar a gritos "¡aaay hooooolaaaaa cómo estáaaaas!". Eran perritos oliéndose la cola. Pero los zapatistas estaban a toda madre, sus ventas como nunca. En los comedores y en las tiendas de regalitos la gente no cabía ya, los *souvenirs* se agotaban y los güeros seguían comprando. Los visitantes estaban desesperados por poseer algo, aunque fuera pequeño y simbólico, proveniente del zapatismo. Se podía oler su ansiedad por pertenecer. Bien por los *compas* y sus tiendas de chucherías, realmente estaban haciendo su agosto. Por cierto, no vi a un solo francés en la escuelita, supongo que estaban muy ocupados atendiendo sus negocios en *Sancris.*

DF

De regreso al DF no podía salir a la calle: comencé a desarrollar un inusitado pánico a la muchedumbre; temía morir apachurrado entre los ríos de gente. Subirme al metro me provocaba angustia existencial (como cuando uno toma un chingo de café) y claustrofobia. Un escupitajo o un estornudo cercano generaba en mi una obsesión por lavarme (me imaginaba millones de esferitas de saliva salpicando mi rostro y entrando por mis poros). Me daba asco respirar en la calle, pensaba que me iba a enfermar de gripa por culpa de los vientos vespertinos, que tienen más caca de perro y de vagos de Garibaldi que oxígeno. La estridencia me aturdía, me encabronaba, me jodía como nunca: sobre todo los gritos perpetuos del bebé de los vecinos idiotas, pero también la mayoría de los sonidos que uno toma por normales en el medio urbano (y ni qué decir de los infames vagoneros con su bocinota escupiendo reguetón/música banda). No quería llamar por teléfono a nadie. Ni ver a los amigos. Algo me habían movido mis días en Chiapas. Por un lado, presenciar el fenómeno de resistencia zapatista fue esperanzador. Uno como "izquierdoso", idealiza una sociedad más justa, autónoma y comunitaria. Y es muy alentador saber que en eso están allá los zapatistas. Pero esa es la lucha de ellos, los indígenas de Chiapas. Y eso hay que entenderlo. Hay muy pocas cosas que nos unen (ni qué decir del idioma o de la identidad nacional patética), nuestras maneras de vivir y de pensar son incluso antagónicas; además de que ellos lo dejan muy claro: "No nos gustan las ideas de afuera", dicen. Sencillamente uno no tiene nada que hacer allá en sus caracoles, más que ir a ver, asombrarse y preguntar cómo le hicieron. Por otro lado fue desolador sentir el gran vacío de dignidad y resistencia que hay en la ciudad. Estamos acostumbrados a vivir entre la mierda. Ver cómo cada quién jala para su lado (para su conveniencia e intereses), sin la menor reflexión de que otra manera de vivir y de organizarnos es posible, y cómo todos aceptamos cínicamente que la sociedad es una porquería, porque así ha sido siempre, y que por eso hay que "entrarle" ya que es "lo único que hay", fue lo que me causó tanta repulsión. Vivimos constantemente aterrados por la idea de no poder pagar nuestras cuentas y de no llenar nuestras expectativas de clase. Eso va primero y la dignidad, ese lujo que tantos ignoran, al último. La resistencia es impensable y la comunidad una idea exótica del siglo antepasado. Toda acción combativa, que no implique ser un esclavo, es de "locos, vagos y raros". Y ni pensar en autonomía porque el capital es omnipresente, es dios todopoderoso, y con su propaganda nos lo demuestra. Pero yo le contesto al pinche diosito: hemos visto que otro mundo es posible y te vamos a chingar, puto.

En resumen, la Escuelita Zapatista fue una plena experiencia metafísica.

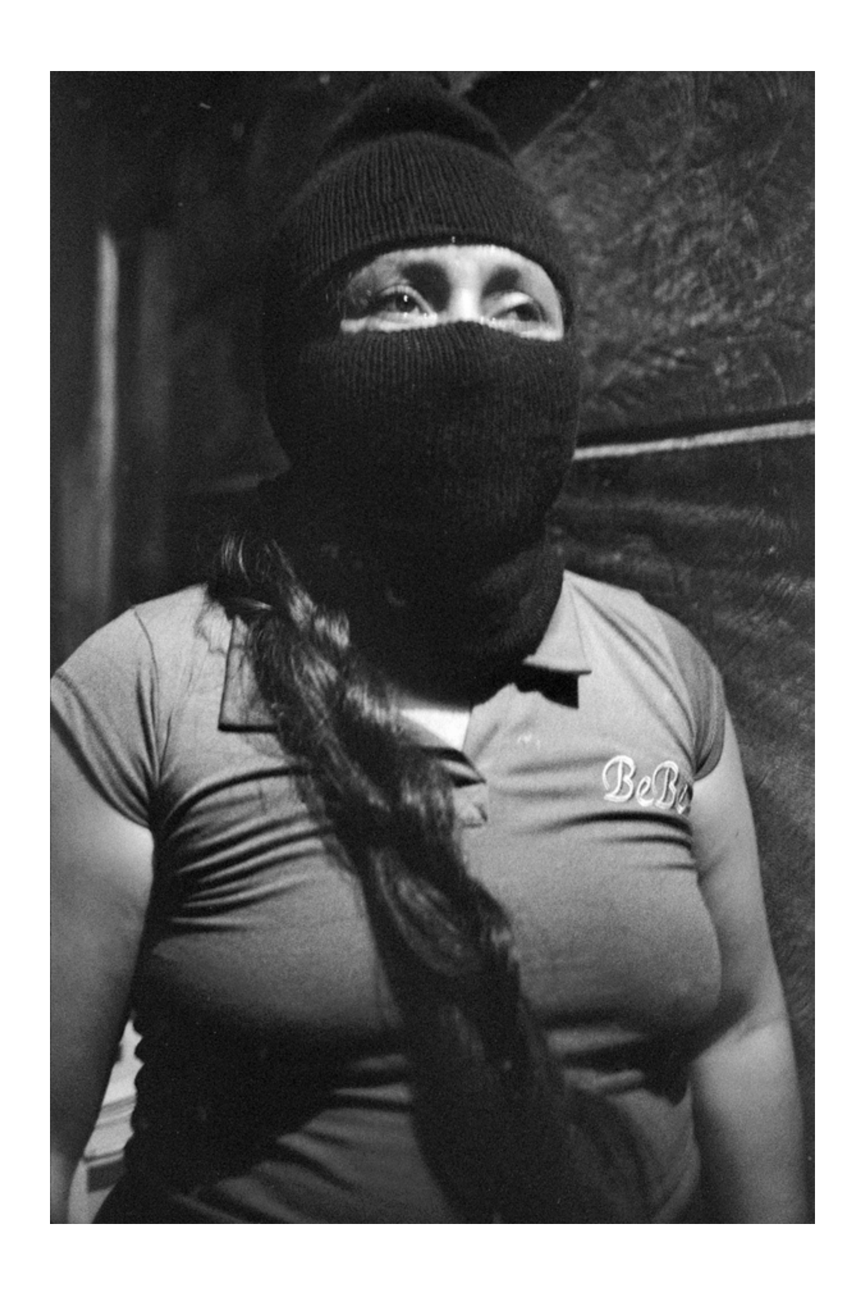


Foto: Ernesto Méndez

Los murmullos de la duermevela

Gabriel Berber

"Mira allá el arroyo se hace un remolino
y en su centro la luna titila su danza deforme.
Un remolino … o un caracol."

*Todo estaba en suspenso, en completa calma, en silencio total, sin moverse, sin existir nada, ni el tiempo, ni el espacio.** Así parecía transcurrir la vida en aquel pequeño pueblo de Rio Grande, los apacibles minutos dejaban notar entre si pequeños letargos que alteraban de forma inusual mi acercamiento con esa realidad que por mucho me era desconocida. Mis pasos torpes y mojados, el sudor tórrido que me daba de palmadas en la espalda en cada tropiezo al subir la montaña, la poca habilidad de respirar un aire fresco y húmedo poco frecuente, el temprano ardor epidérmico de una resolana que sin intención de agredir a un cuerpo foráneo se me presentaba como regalo noble al dejar ver en su camino un horizonte suntuoso de verde-azules que pocas veces mis ojos han podido acariciar; eran circunstancias que mas que constatar mi presencia en un lugar dilatado daba cuenta de mi condición lerda y citadina frente a una realidad que se presenta imponente y resistente. Pero, ¿Como puede haber una completa calma, un silencio total, una fijeza y sobre todo una inexistencia ante tal figura orgánica y social? El río suena y escucha, aunque contaminado su caudal esculpe aun en verano las rocas que trazan su camino al sur. Escalinata resbaladiza que lleva al monte allá donde la milpa se trabaja en colectivo, donde el *pozol* de medio día se bebe mientras se discute y descansa un momento para después retomar el trabajo. Ya en la tierra, marea de insectos escalan mis manos al cortar la hierba, un dedo sangrando por el mal uso de un

machete desafilado riega una pequeña mazorca que juega con los designios de la gravedad. Allá no muy lejos aves mecánicas se asoman con afán de intimidación. Revoloteo fugaz que no aturde la firmeza del labor de los *compas* que en sus rostros serios y cobrizos escapan risas contagiosas que no alcanzo a descifrar del todo bien. Tiempo después el viento como navaja fina penetra las hojas de los arboles que parecen inclinarse por un dolor inocente, una gran nube obscura anuncia su llegada, es hora de partir, por hoy el trabajo en la milpa ha concluido.

Poco a poco las brasas anuncian en voz tenue la hora de la comida, pronto el café se sirve en la obscuridad de un atardecer prematuro, un plato caliente de frijoles y un par de tostadas alimentan alegremente mi estómago hambriento, poco después, al terminar, se retoma el estudio. Parte importante del conocimiento zapatista es comprender que este acontece en la practica, una practica que se efectúa no en espacios cerrados o exclusivos para la enseñanza como comúnmente se concibe, sino es en el territorio del trabajo y de lo familiar que el aprendizaje se presenta como una afirmación de lo vivido y de lo hecho. También cabe mencionar que esta practica afirma y da sentido a la palabra misma, pues esta sólo se activa en el momento en que se lleva a cabo, es decir cuando se ejerce. Es así como en el ejercicio del *hacer* se configura la palabra, que no exenta de errores, esculpe una experiencia que se comparte y discute, pues sobre todo la palabra también se piensa en colectivo y para el colectivo. Al nombrar la palabra esta se discute y se practica para saber si ha sido la adecuada y correcta, sino es así esta se discute nuevamente y poco a poco en un lenguaje que es voz y cuerpo se teje la vida digna de un pueblo que piensa y hace lo común. Ya una vez acordada la palabra esta se canta y baila.

La lluvia no cesa su caída, inquieta y desordenada se impacta contra la lamina que cubre el techo en donde me encuentro, parece que un antiguo enfrentamiento de elementos reclamara su estancia primigenia, su terruño materno llamado tierra, el sonido causado de tal confrontación ancestral grita a voz extendida un reclamo que hace de mi presente un instante letárgico, contradicción gramatical que sólo en las mariposas se puede ejemplificar, pues la mariposa después de su gestación sólo es posible verla justo en el momento en que bate las alas, gracias a todo lo que ofrece en cuanto a bellezas, formas y colores: así pues, ya no la vemos más que en su agitación. Luego alza el vuelo de manera definitiva, es decir: se va. Pero la imagen se me esta negada, la lámina impide el paso, la confrontación queda *fuera de*, y sólo se me permite acceder a su reclamo, a su grito, al múltiple aleteo de aquella mariposa que alza el vuelo, es ahí cuando mi pupila se contrae y la audición se dilata, la noche cae y un pequeño halo de luz artificial cobija mi sueño, allá afuera la lucha de los ancestros no cesa, oigo sus voces pero no las comprendo. Un caracol sobre mi ventana aguarda el mañana, duermo y trato de buscar el entendimiento.

Roberto Juarroz
(Segunda Poesía Vertical)

47

No es la luz la única suma de los colores.
Hay ciertas dimensiones sueltas
donde los colores se reúnen más estrechamente que en la luz,
como novísimos peces en un mar aún más joven que ellos.

A partir de allí
es posible reconstruir algo
que nunca ha saltado el signo del comienzo,
otra especie de tangencia.

La suma de los colores debe incluir un filamento
donde estén retorcidas en un mismo hilo
la mirada que ve
y la mirada que no ve.

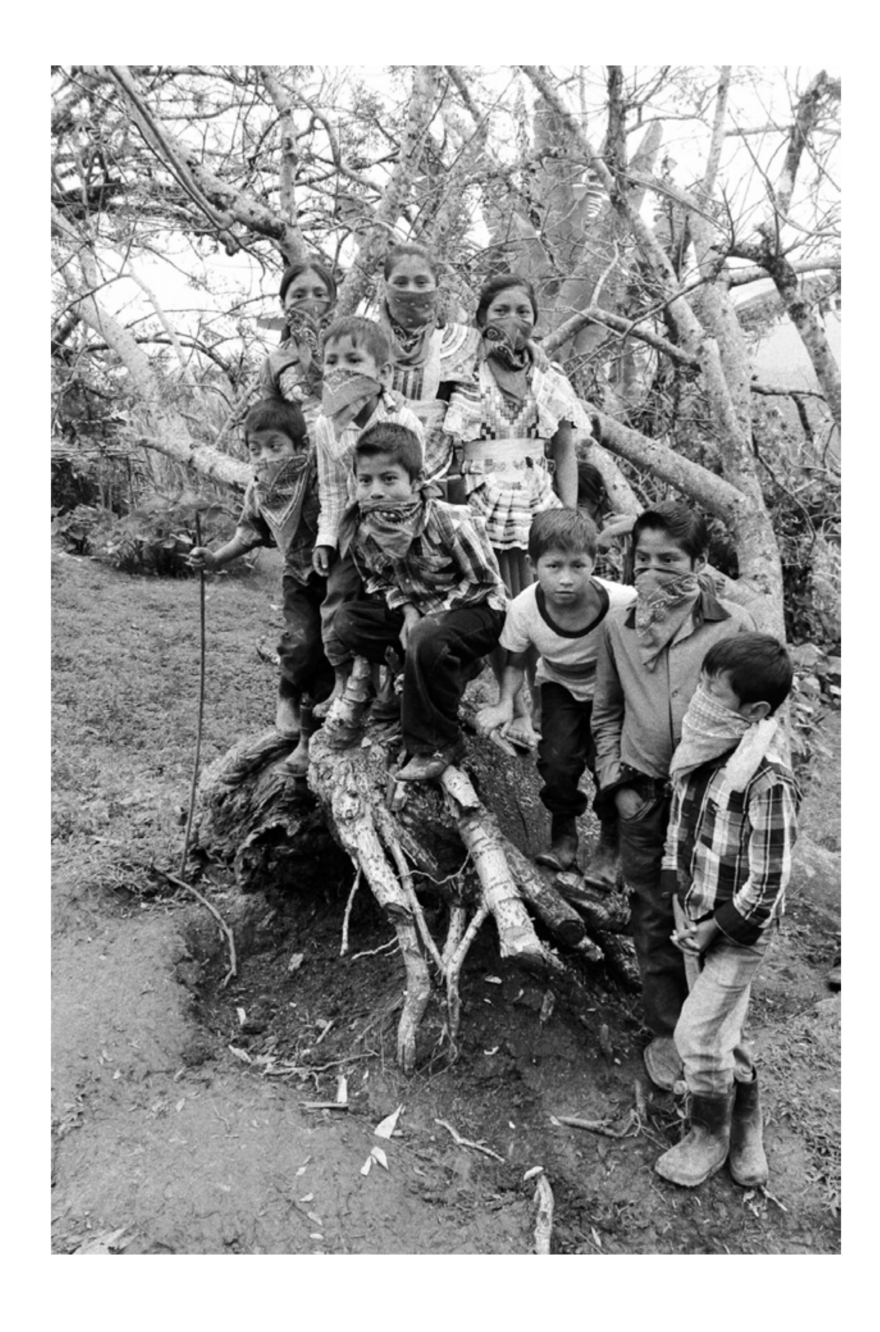




Foto: Leonardo García



Foto: Ernesto Méndez